

“Ponderada sensatez”



José María Cañas

No podría citar aquí en cuál sitio y ocasión el gacetillero ha leído esta frase integrada por dos palabras escuetas, ceñidas, de significado trascendente. Y no lo podría hacer, por el hecho de que no lo recuerda. El número de palabras que compendian los periódicos, más las que encierran los libros que generalmente se están leyendo, hace que la mente no logre discernir la situación de esas dos expresiones tan hábilmente colocadas en medio del río ancho y tumultuoso del pensamiento diario que tenemos que masticar, deglutir y hacer todo lo humanamente posible por digerir, aunque sea a medias y con la ayuda de la bilis de buey.

Pero el caso es que esas dos grafías forman un binomio que constituye nada menos que la síntesis de todo un tratado de política nacional.

Si desparramamos la vista hacia el pasado no nos será difícil descubrir, a poco que miremos, que exactamente la doctrina que predica ese enunciado fue el meollo de toda una actitud ciudadana, no solamente de aquellos que tenían en la mano la conducción de los destinos, sino de la grey que pastaba con serena sensatez en los potreros de la patria, ya fuera comiendo del trabajar la tierra, como del intercambiar productos en los mercados de ciudades y pueblos. Quiero decir, con esto, que me ha salido un poco exageradamente lírico, que tan sensatos eran los políticos como los comerciantes. Había, pues, una orientación nacional.

Eramos pobres como las ánimas benditas, porque por aquellos primeros cuarenta años del siglo, a nadie se le ocurría que fuera obligación tener piscina en la casa modesta. Con poseer un piano, aunque fuera vertical, para que las niñas aprendieran a tocar los valses de Strauss, la cosa podía decirse que satisfacía a los costarricenses. Una pequeña biblioteca daba mucho “caché”, y no faltaba ciudadano que la tenía aunque hubiera leído, de todos los libros, nada más que cinco.

La sensatez, cuando es ponderada, o por mejor decir, equilibrada que ni tanto que queme al santo ni tan poco que no lo alumbré, —constituye la virtud por excelencia. La sensatez es el equilibrio, la armonía, la paz, el gozo de la vida. A esta tan hermosa virtud, se le opone la insensatez, que sirve de vestíbulo o sala de espera, a la tragedia.

¡“Insensato!”, grita el héroe de Sábato, en el momento en que resume en una sola palabra toda la locura del protagonista que comienza su relato diciendo: “Bastará decir que soy Juan Pablo Castel, el pintor que mató a María Iribarne”. (La vida de Castel ha sido calificada por la crítica mundial como una historia de horror digna de Poe o Dostoiesky).

Creo innecesarios mayores datos sobre la insensatez, para tener un exacto juicio de la importancia que en el momento presente logra la conjunción de esas dos palabras de honda repercusión bíblica.

Si revisamos en la historia patria el acontecer de ellas, veremos cuántas y variadas veces, nuestros patricios hicieron gala de la virtud cardinal de ser sensatos y con sólo aplicar tan brillante y desusada virtud, se logró la felicidad de la ciudadanía y la paz de la república. No otra cosa hizo don Cleto, cuando fue encajado en la presidencia por don Ascensión, basado en el hecho de ser el que más votos obtuvo,

aunque no la mayoría “absoluta”. Aquel pequeño gigante se enfrentó con un país dividido por los burlados partidarios de cuatro candidatos, expulsados del territorio nacional y a su cordura y sensatez debió el mantener la unidad y el avance del país por los cauces de la paz, y no de la guerra. No menos hizo don Julio Acosta, que subió al poder tras treinta meses de gobierno de mano fuerte y dura, una revuelta callejera y una invasión armada. Fueron su bonhomía, su palabra sosegada y sus parrafadas altisonantes, las que calmaron los ánimos, enfrizaron la candela de odios y amansaron las aguas hasta volverlas al nivel de la cordura. No hizo menos Ulate, cuando el Poder Legislativo anuló una victoria limpia, como pocas veces antes, y el Ejecutivo soltó a los “Tavíos” desbocados poniendo al país al borde de la inevitable guerra civil. No hizo menos don Ricardo, en ocasión de que su última candidatura sufriera un ataque despiadado en acción y populachero ultraje de palabra. Así también don Juan Bautista Quirós, don Chico Aguilar Barquero. Y a fuerza de sensatez gobernó quien entre otras virtudes tenía la que aquí estamos citando.

Hasta aquí hemos citado a los conductores que ya no están con nosotros. Pero vale la pena agregar a los que viven, Echandi y Trejos, pues fueron muestra fehaciente de cordura, paciencia trabajosamente elaborada, al gobernar con un Congreso opositor a rajatabla, y por sólo el hecho de ser contraria la mayoría al gobernante. De todo ello logramos deducir que la sensatez ha sido la virtud por antonomasia. El pueblo, pues, la da por descartada.

En el mercado político rigen las leyes que no son las que tenemos ahora de moda en la

economía: la “dirigida”. De la época liberal, nos queda como escombros de aquel pensamiento, la ley de la oferta y la demanda, que formaliza el contexto del predicado político. La escasez aumenta la demanda y encarece el objeto. La abundancia, disminuye la demanda y abarata el objeto. En el libre juego de esta ecuación flexible, no intervienen ni el Estado paternalista, ni el gobierno despótico, ni las confabulaciones de escritor. Ella funciona contra viento y marea, por ley inexorable del mecanismo que mueve a las sociedades en sus relaciones políticas, aún y más, en aquellas que son abstractas, como las que ligan al Estado con la masa amorfa, desconocida, desindividualizada. Es decir, con el “montón”, al que, alegremente, se adhiere el que escribe.

Dentro de este mecanismo de la oferta y la demanda, entran de lleno la escasez de “ponderación” y la necesidad biológica de “sensatez”, en los casos en que la patria hace inventario cuyo balance de prueba acusa bajos niveles o agotamiento total de las reservas de tan estrictamente necesarias formas de actuar. Entonces es cuando, a pesar de darlas por descartadas, las reclama y necesita, las ansía con el derecho inalienable de guardar las virtudes ancestrales de nuestro estilo.

Venimos a sintetizar el asunto de la premisa, ya aceptada por todas las partes del pensamiento nacional, de que el país reclama como ingredientes indispensables y catalizadores de todo el sistema controversial latente y residuo de una época, la realidad de una franca, ostensible, sólida e indiscutible “ponderada sensatez política”. Llegados a este punto, salta a la vista que la querrela de aquellos que rugieron en la obtención de esta premisa de la sensatez política, estaba hincada en noble y bien encaminado pensamiento patrio. Corresponde, por fácil deducción, al nuevo gobernante, dar prueba de ello para lograr lo que el licenciado Benavides llama “despolarización” del país, que significa la conversión en unidad nacional de propósitos y de esperanzas, de un pueblo que está hendido en la mitad de su ser por la problemática de una guerra civil aún irreconciliablemente sostenida por los políticos a la hora de actuar. Es, pues, el gobernante, el que debe iniciar esta demostración. Como resultado lógico, vendrá la unidad del país y los rezos de las viejitas para que Dios lo ayude. Lo contrario, lo que se plantea en eso que el gacetillero leyó, no está en lo justo. Para gozar de algo necesario, se paga a la entrada. Si se hiciera a la salida, nadie pagaría ni una desvalorizada peseta.

Dice el refrán “que el que quiere celeste, que le cueste”.